

Historia secreta

Advertencia

El propósito de este libro

Al relatar todo lo que el pueblo romano ha vivido en guerras sucesivas hasta ahora, he seguido este plan: acomodar, en la medida de lo posible, los acontecimientos descritos de acuerdo con las fechas y lugares reales. Pero en adelante ya no me atenderé a ese método: en este volumen consignaré todos los hechos que hayan tenido lugar en cualquier punto del Imperio Romano. El motivo es simple. Mientras los responsables de esos acontecimientos estuvieran vivos, relatar la historia tal como ésta merecía ser relatada estaba fuera de la cuestión, ya que resultaba imposible tanto evitar el descubrimiento de ésta por parte de un enjambre de espías, como, en caso de ser prendido, escapar a la más atroz de las muertes. Realmente, no me sentí seguro no siquiera estando en compañía de mis allegados. Y, nuevamente, en el caso de los numerosos acontecimientos que me atreví a relatar en volúmenes precedentes, no osé manifestar las razones por las que éstos habían tenido lugar. De manera que en esta parte de mi trabajo, siento que es mi deber revelar tanto los hechos que hasta ahora han transcurrido en el mayor silencio, como los motivos que generaron los hechos ya descritos.

Al embarcarme en una nueva empresa de índole difícil y perturbadora, relacionada con la vida que llevaron Justiniano y Teodora, castañetean mis dientes y me siento tentado a desistir, ya que preveo la posibilidad de que todo lo que escriba ahora llegue a parecer increíble y poco convincente a las futuras generaciones. Además, cuando al cabo de largo tiempo la historia pertenezca a un pasado más bien lejano, temo que sea considerada un mero cuento fabuloso o que se la incluya entre las obras de imaginación. Sólo una circunstancia me estimula a proseguir la tarea sin retroceder: mi relato no carece de testigos que garanticen su autenticidad. Mis contemporáneos son testigos plenamente familiarizados con los sucesos expuestos, y transmitirán a las épocas futuras una convicción incontrovertible de que la información proporcionada es fidedigna.

Sin embargo, otro factor me hizo vacilar por mucho tiempo, mientras ansiosamente llevaba a cabo esta labor. Pues sospechaba que la felicidad de nuestros descendientes sería amenazada por mis revelaciones, ya que descubren hechos tenebrosos, más dignos de ocultar que de transmitir a monarcas dispuestos a imitarlos. Ello se debe a que la mayoría de los hombres ubicados en cargos poderosos, por pura ignorancia, se dejan seducir por los vicios de sus predecesores, al punto de que nada les resulta más fácil y menos engorroso que entregarse a la repetición de los defectos de sus antecesores. Pero en última instancia decidí escribir lo que me proponía a causa de la siguiente reflexión: resultará manifiesto a los soberanos del porvenir que deberán pagar sus culpas con toda seguridad, así como aconteció a los protagonistas de este libro. Sus propios actos y caracteres serán, a su vez, registrados por siempre jamás, amenaza que quizá los disuada de cometer transgresiones. Pues ¿de qué modo conoceríamos la vida licenciosa de Semiramis o la locura de Sardanápalo y Nerón, si no fuera por el testimonio de los historiadores que vivieron en su época? Además, para que aquellos que sean víctimas en el futuro de gobernantes análogos hallen consuelo, no resultará inútil lo que digo, en la medida en que siempre parece reconfortarnos en la penuria el conocimiento de que no estamos solos en nuestro sufrimiento.

Esta es mi justificación para referir primero la despreciable conducta de Belisario, y revelar luego la igualmente despreciable conducta de Justiniano y Teodora.

Capítulo I Belisario y Antonina

Belisario estaba casado con una mujer de la que he tenido algo que decir en los libros precedentes. Su padre y abuelo eran aurigas que había exhibido su destreza en Bizancio y Tesalónica, y su madre era una actriz de dudosa virtud. Ella misma, en sus alis tempranos, había vivido una existencia licenciosa, dejando de lado todo freno moral; había estado constantemente en la compañía de los traficantes de magia amigos de su padre, y había aprendido las artes esenciales a su oficio. Más tarde, cuando, con la debida ceremonia se casó con Belisario, ya había dado a luz un niño tras otro. De manera que su intención había sido la de ser infiel desde el comienzo; pero puso buen cuidado en ocultar esta actividad, no porque su conducta le provocara remordimiento alguno, o porque temiera a su esposo –nunca sintió la menor vergüenza de acción alguna, y gracias a su uso regular de la magia, podía enroscar a su marido en torno de su dedo meñique- sino porque la aterrorizaba la venganza de la Emperatriz; porque Teodora estaba demasiado dispuesta a enfurecerse con ella y despojarla de sus dientes. Pero logró tener a ésta rápidamente a sus pies asistiéndola en cuestiones de importancia excepcional.

[...]

En casa de Belisario vivía un joven tracio de nombre Teodosio, que había sido educado en una creencia llamada eunomianismo. La víspera de su viaje a Libia, Belisario lavó a este jovencito en el baño sagrado, luego lo alzó en sus brazos, convirtiéndolo así en hijo adoptivo suyo y de su esposa, de acuerdo con las reglas de adopción observadas por los cristianos. A partir de ese momento, Antonina, tal como cabía esperar, amó a Teodosio, ya que la palabra sagrada lo había convertido en hijo suyo, vigilándolo con extremo cuidado y teniéndolo bajo su protección. Un poco más tarde se enamoró locamente de él durante este viaje, y, rindiéndose en cuerpo y alma a esta pasión, se despojó de todo temor y respeto por las leyes divinas y humanas, y tuvo relaciones con él, primero en secreto, finalmente a la vista de domésticos de ambos sexos. Porque ahora ya se encontraba indefensa frente a este deseo y era indudablemente esclava de su lujuria, de manera que ya no veía impedimento alguno para gratificarse con los favores de Teodosio. Una vez, en Cartago, Belisario los sorprendió en el acto mismo; y sin embargo se tragó boquiabierto la falsa explicación de su esposa. Los había sorprendido juntos en una habitación del sótano, y aunque estaba enloquecido de ira, ésta no retrocedió ni pretendió encubrir lo que había hecho, sino que simplemente observó: “Vine para que este joven me ayudara a ocultar el botín, en caso de que el Emperador de enterara de su existencia”.

[...]

El desenfreno de Antonina aumentó rápidamente, hasta alcanzar un punto inimaginable, y todo el mundo se enteró de lo que estaba pasando; pero nadie dijo una palabra, excepto una esclava llamada Macedonia. En Siracusa, cuando Belisario hubo conquistado Sicilia, esta mujer obligó a su amo a hacer los más terribles votos en el sentido de que nunca la traicionaría, y luego soltó toda la historia, corroborada por el testimonio de dos muchachos cuya tarea era la de vigilar el dormitorio. Al oír esto, Belisario ordenó a alguno de sus ayudantes que eliminaran a Teodosio. Teodosio, sin embargo, se enteró de esto a tiempo, y huyó a Efeso; porque la mayoría de los asistentes de Belisario, conociendo sus humores cambiantes, juzgaron más expeditivo estar en buenas relaciones con la esposa que favorecer al marido; de manera que traicionaron las instrucciones dadas por éste con respecto a Teodosio.

Cuando Constantino vio cuán desdichado se sentía Belisario por lo que había pasado, le expresó su completa simpatía, añadiendo la observación: "Si yo hubiera estado en tus zapatos, me hubiera liberado de la mujer y no del joven". Cuando esto llegó a oídos de Antonina, mantuvo en secreto su indignación contra Constantino, esperando que llegara el momento adecuado para manifestar su odio; porque era maligna como un escorpión y experta en disimular sus sentimientos.

Algo más tarde, ya mediante la magia, ya por medio de halagos, convenció a su marido de que no había verdad alguna en las acusaciones de la muchacha; Belisario invitó entonces a Teodosio a retornar, y accedió a entregar a Macedonia y los muchachos a su mujer. Se cuenta que ésta, de inmediato, les cortó la lengua a los tres, luego los descuartizó, depositando los restos en bolsas que arrojó al mar sin que se le moviera un cabello, siendo asistida en esta impía ceremonia por un criado llamado Eugenio. Un poco después, su mujer persuadió a Belisario de que asesinara a Constantino también. Constantino hubiera sido absuelto, pero Antonina fue inexorable hasta que éste hubo pagado el castigo por el comentario que consigné unas pocas líneas más arriba. Por su consentimiento, Belisario se atrajo la amarga hostilidad del Emperador y de todos los romanos de influencia. Así terminó el capítulo de la anécdota.

Teodosio, sin embargo, envió recado de que le sería imposible trasladarse a Italia, donde Belisario y Antonina estaban pasando una temporada, a menos que Focio fuera sacado del medio.¹ Porque Focio, muy temperamental, se ofendía de inmediato si alguien tenía más influencia que él en alguna parte. Pero en el caso de Teodosio y sus amigos, tenía una excusa suficiente para sofocarse de ira: él mismo, aunque era un hijo, descubría que no contaba para nada, en tanto que su rival gozaba de gran poder y se estaba volviendo enormemente rico. Se dice que en Cartago y Rávena había hurtado muchísimo dinero de los dos palacios que tuvo el privilegio de administrar bajo su propia responsabilidad y con plenos poderes. Cuando Antonina se enteró de la negativa de Teodosio, llevó a cabo persistentes intentos de atrapar al muchacho, persuadiéndolo mediante crueles argumentos hasta que consiguió obligarlo a que abandonara Italia y se dirigiera a Bizancio, ya que no podía arriesgarse más a caer en sus trampas, así como también, que se le reuniera en Italia. Allí, Antonina obtuvo placeres ilimitados de la compañía de su amante y la ceguera de su esposo, retornando a Bizancio poco después escoltada por ambos.

En la capital, Teodosio vivía aterrorizado por la culpa. No veía posibilidad alguna de eludir las sospechas, ya que notaba que Antonina no podía esconder su pasión ni entregarse a ella secretamente, sino que, por el contrario, se sentía perfectamente feliz de ser una adúltera reconocida, y de que se murmurase de ella como tal. De manera que Teodosio se dirigió nuevamente a Efeso, y, adoptando la tonsura acostumbrada, se enroló entre los "monjes". Ante esto, Antonina enloqueció por completo, y, cambiando totalmente sus vestidos y su modo de vida, y adaptándolos a la modalidad de los que guardan luto, se dedicó a vagar continuamente por la casa, llorando, gritando y lamentándose aun en presencia de su esposo. ¡Qué tesoro había perdido; cuán fiel, encantador, qué bondadoso, qué sensible! Finalmente hasta llegó a arrastrar a su esposo en estas lamentaciones, obligándolo a sumársele. ¡Como quiera que sea, el desdichado comenzó a llorar y lamentarse a gritos por su amado Teodosio! Más tarde, llegó hasta a acercarse al Emperador, recurriendo no sólo a él sino también a la Emperatriz, hasta que logró persuadirlos de que mandaran a buscar a Teodosio, ya que era indispensable, y lo sería siempre, para su vida monástica. Teodosio, no obstante, se negó llanamente a abandonar Efeso, insistiendo en que estaba decidido a prestar recta obediencia a

¹ Hijo de Antonina y de un marido anterior.

la disciplina monástica. Esta era una mentira absoluta; en cuanto Belisario partió de Bizancio, Teodosio planeó unirse subrepticamente a Antonina.

Y, en efecto, se le unió; porque muy pronto Belisario, en compañía de Focio, marchó a reanudar las hostilidades contra Cosroes. Pero Antonina no lo acompañó, contrariamente a lo que hacía habitualmente: para impedir que su esposo estuviera solo y recobrar la lucidez, viéndola tal como realmente era, acostumbraba acompañarlo a todas partes del mundo. Y para que Teodosio pudiera reanudar sus relaciones con ella, estaba impaciente por sacar a Focio del medio. Para ello, incitó a los acompañantes de su esposo a que lo atormentaran e insultaran continuamente, sin perder oportunidad alguna; en tanto ella misma le escribió casi todos los días vertiendo calumnias en ríos interminables y convirtiendo al joven en el blanco de todos sus dardos. Ante este tratamiento, Focio, forzosamente, resolvió a su vez, emplear la calumnia contra su madre; y cuando un hombre llegó de Bizancio con la noticia de que Teodosio estaba conviviendo secretamente con Antonina, lo llevó de inmediato ante la presencia de Belisario, ordenándole relatar a éste toda la historia.

Al saber la verdad, Belisario se puso fuera de sí de furia, y, postrándose a los pies de Focio, le imploró al joven que lo vengase, ya que él mismo se encontraba monstruosamente maltratado por aquellos de quienes nunca lo hubiera esperado. "Amado muchacho", sollozó, "no tienes la menor idea de cómo era tu padre; porque no eras más que un bebé cuando él partió de tu vida, sin dejarte absolutamente nada: no fue bendecido con los bienes de este mundo. Fui yo quien te crió, aunque no soy más que tu padrastro: ahora has llegado a una edad en que es tu deber defenderme con todas tus fuerzas si se me injuria; y tú has ascendido el rango de cónsul y has acumulado una fortuna tal que puedo ser llamado tu padre o cualquier otra clase de pariente, mi muchacho, ya que en realidad lo soy. Porque no es por comunidad de la sangre sino por mutua benevolencia que la gente mide habitualmente su afecto. Ha llegado el momento en que ya no debes permitirme, además de la ruina de mi matrimonio, que se me despoje de mis posesiones de esta manera, o que tu propia madre se atraiga el desprecio completo y universal. Y recuerda que los pecados de las mujeres no recaen sólo sobre sus maridos: perjudican aún más a sus hijos, cuya desdicha será indudablemente la de atraerse una reputación semejante al de sus madres. Debes darte cuenta de que esta es mi situación: amo a mi esposa tiernamente, y si tengo la oportunidad de dar su merecido al destructor de mi matrimonio, no le haré a ella ningún daño; pero mientras Teodosio siga vivo, no puedo perdonarla por aquello de que se me acusa".

En respuesta a esto, Focio acordó prestarle toda la ayuda que pudiera, aunque temía que esto le costaría caro: tenía muy poca confianza en los cambiantes humores de su padrastro hacia su madre; porque le preocupaban muchas cosas, especialmente lo que le había pasado a Macedonia. En vista de esto, ambos se hicieron mutuamente los más terribles juramentos que se usaban entre los cristianos y eran reconocidos como tales, jurando cada uno no abandonar al otro en la estacada, aun en situaciones del peligro más desesperado. Intentarlo al punto les pareció desaconsejable; pero cuando Antonina llegara de Bizancio y Teodosio fuera a Efeso, ése sería el momento adecuado para que Focio apareciera en Efeso y prendiera con el mínimo de dificultades, no sólo a Teodosio sino también el dinero. Ahora bien, en este mismo momento, cuando hubiera acometido su ataque total al territorio persa, el incidente que involucraba a Juan de Capadocia tuvo lugar en Bizancio, tal como lo expliqué en un volumen anterior. Al hacer este relato, debo confesarlo, el temor me indujo a suprimir el hecho. El engaño de Juan y su hija por Antonina no fue casual: fue respaldado por una multitud de juramentos, la forma más terrible de declaración de los cristianos, asegurándoles

que no se intentaba ninguna perfidia contra ellos. Cuando su objetivo hubo sido logrado y se sintió mucho más segura en el afecto de la Emperatriz, despachó a Teodosio a Efeso, en tanto que ella misma, sin anticipar dificultades partió hacia Oriente. Belisario acababa de capturar la fortaleza de Sisaurano, cuando alguien le informó acerca del inminente arribo. Instantáneamente descartó todo otro pensamiento de su mente y retiró sus fuerzas. Sucedió que, tal como lo expliqué en mi relato anterior, ciertos otros acontecimientos que habían tenido lugar en el campamento romano lo inclinaron a retroceder en ese momento. Pero la información que recibiera entonces lo indujo a dar este paso mucho más precipitadamente. Como afirmé, sin embargo, en el primer párrafo de este libro, en ese momento juzgué demasiado peligroso revelar todas las razones por las cuales esos hechos habían tenido lugar.

El resultado fue que todos los romanos elevaron a Belisario una acusación en el sentido de que se habían sacrificado los más vitales intereses del Estado a sus propias preocupaciones personales. Porque al principio rehusó traspasar los límites del Imperio Romano, decidido como estaba, desde el momento en que supiera que su esposa había llegado de Bizancio, volver y castigarla allí mismo y entonces. A tal efecto, ordenó a Aretas y sus hombres que cruzaran el Tigris; pero éstos no llevaron a cabo esta orden, y muy pronto se encaminaron hacia sus hogares; mientras que él mismo tuvo buen cuidado de no traspasar la frontera romana ni siquiera en un día de marcha. La fortaleza de Sisaurano, aun para un viajero poco cargado, está indudablemente a más de un día de viaje de los confines del territorio romano si se va por la ciudad de Nisibis; pero hay otra ruta que insume la mitad de tiempo. Y, sin embargo, si hubiera estado dispuesto desde el principio a cruzar el Tigris con todo su ejército, no dudo que hubiera expoliado toda la región asiria, marchando directamente a la ciudad de Ctesifonte sin hallar resistencia alguna, liberado a los prisioneros de Antioquía y cualesquiera otros romanos que se hubieran encontrado allí, y luego retornado a su tierra natal con toda facilidad. Una vez más, fue principalmente su culpa el hecho de que Cosroes no encontrara una oposición real en su viaje de vuelta de Cólquida. Explicaré de inmediato cómo tuvo lugar esto.

Cuando Cosroes, hijo de Cabades, invadió el territorio de Cólquida y obtuvo los éxitos que relaté en un volumen anterior, incluyendo la captura de Petra, el ejército persa sufrió graves desastres, no sólo en las batallas sino también en las negociaciones. Como ya señalé en este volumen, los caminos son casi inexistentes en Lazica y los precipicios abundan por doquier. Como si eso no fuera suficiente, una epidemia arrasó con el ejército, muriendo casi todos los soldados, mientras que muchos de los sobrevivientes perecieron de hambre. En el medio de esta crisis, dos personas que venían de Persia llegaron con la noticia de que Belisario había vencido a Nabedes en una batalla cerca de Nisibis y avanzaba ahora; que había tomado por asalto Sisaurano, y hecho prisionero a Bleschames con ochocientos soldados persas de caballería; que había despachado a otra fuerza romana bajo las órdenes de Aretas, el comandante sarraceno; y que esta fuerza había cruzado el Tigris y saqueado toda la campaña que hasta ese momento permanecía intacta. Sucedió que también que Cosroes había enviado una columna de hunos contra los armenios que eran súbditos romanos, con la esperanza de que los romanos que se encontraran en esa localidad estarían tan ocupados habiéndoselas con esta amenaza, que prestarían poca atención a los acontecimientos que se desarrollaran en Lazica. Otros mensajeros trajeron la noticia de que estos hunos habían sido interceptados por Valerio y sus romanos; se habían unido en la batalla con ellos, y habían sido severamente derrotados en el encuentro: la columna había sido casi totalmente aniquilada.

Los persas habían sufrido calamidades inenarrables en Lazica, y se mostraron recelosos, por temor a que durante su retirada pudieran toparse con alguna fuerza enemiga en los estrechos desfiladeros y espesos matorrales, y en la lamentable confusión, fueron destruidos. Cuando se enteraron del último desastre, se alarmaron profundamente por el peligro que esta situación entrañaba para sus esposas, hijos y sus tiendas. Los miembros más responsables del ejército invasor comenzaron a protestar a Cosroes, acusándolo de violar no sólo sus propios juramentos sino también las leyes internacionales aceptadas por todas las naciones: en épocas de paz habían invadido enteramente el territorio romano sin motivo alguno y era culpable de agresión contra un estado que había soportado la prueba del tiempo y era superior a todos los otros, y capaz de resistir todos los ataques armados.

Había peligro inminente de amotinamiento, y Cosroes, seriamente alarmado, intentó curar el mal con el siguiente remedio. Les leyó en voz alta una carta que la Emperatriz parecía haber escrito en Zaberganes algo antes. El contenido era el siguiente:

La impresión que me has causado, Zaberganes, con tu evidente preocupación por nuestros intereses, ya la has visto por ti mismo hace poco tiempo, cuando viniste como embajador a nuestra corte. La elevada opinión que tengo de ti se confirmaría si llegaras a inducir al rey Cosroes a que llevara a cabo una política de paz para con nuestro estado. En este caso puedo garantizarte que obtendrás una magnífica recompensa de mi esposo, que no pensaría más en acometer acción alguna sin mi aprobación.

Cuando Cosroes hubo leído esto en voz alta, criticó a los dirigentes persas que imaginaban que un imperio digno de tal nombre era gobernado por una mujer. Logró así detener la violencia de la hostilidad de los hombres; pero aun así sintió gran recelo mientras partía, contando con encontrar la ruta bloqueada por las fuerzas de Belisario. Ni un solo enemigo, sin embargo, apareció en su camino, y, ante su gran alivio, pudo volver a salvo a sus dominios. Al llegar al territorio romano Belisario descubrió que su esposa había llegado de Bizancio. La mantuvo bajo custodia, e hizo repetidos intentos para librarse de ella para siempre. Pero siempre se enterneció, vencido, me parece, por su flamígera pasión. Corren rumores también de que la esposa empleaba artes mágicas para esclavizarlo, destruyendo sus propósitos de inmediato. Entretanto, Focio partió a toda velocidad para Efeso, llevando con él a uno de los eunucos, de nombre Calígono, que servía de alcahuete a su ama. Había engrillado al hombre, y durante el viaje lo torturó hasta que éste hubo revelado todos los secretos de Antonina. Teodosio, prevenido, se acogió en la Iglesia de Juan el Apóstol, el templo más sagrado de Efeso y edificado en su homenaje. Pero Andrés, el arcipreste de Efeso, aceptó un soborno y lo entregó a su perseguidor.

Entretanto, Teodora, que había escuchado todo lo que le había acontecido a Antonina y estaba inquieta por su seguridad, ordenó a Belisario que la trajera a Bizancio. Al enterarse de esto, Focio envió a Teodosio a Cilicia donde los lanceros y guardas reales resultaron estar acuartelados durante el invierno, e instruyó a la escolta para que condujera al prisionero con la mayor cautela, y para que, al llegar a Cilicia, lo mantuviera en un lugar de confinamiento absolutamente seguro, no permitiendo que nadie descubriera su paradero. El mismo, acompañado por Calígono, llevó el dinero de Teodosio, que ascendía a una suma considerable, a Bizancio. Allí la Emperatriz estaba demostrando al mundo que sabía cómo devolver favores sangrientos con otros mayores y más corrompidos aún.

Antonina había cogido recientemente con trampas a un singular enemigo, el Capadocio, entregándolo luego a Teodora: Teodora otorgó a Antonina un pequeño

ejército, quien lo llevó a la destrucción. Sometió a algunos de los amigos íntimos de Focio y Belisario a torturas físicas, aun cuando no tenía nada contra ellos excepto su amistad con estos dos hombres, y se deshizo de ellos de un modo tal, que ni ahora sabemos qué fue verdaderamente de ellos. A otros dos les hizo la misma ofensa y los condenó a ser deportados. Uno de los hombres que había acompañado a Focio a Efeso, de nombre Teodosio, pese a haber sido honrado con el nombramiento de miembro del Senado, lo privó de su propiedad, arrojándolo en una mazmorra, donde lo forzó a permanecer en absoluta oscuridad, con el cuello atado a un pesebre mediante un lazo corredizo tan corto que estaba siempre tirante en torno a su garganta y no quedaba suelto ni un instante. Y así el pobre hombre permaneció continuamente en este pesebre, comiendo y durmiendo y realizando todas las otras funciones naturales; y se parecía a un asno en cada uno de los sonidos que emitía. No menos de cuatro meses permaneció así, hasta que le sobrevino una melancolía enfermiza, y se volvió totalmente loco; hasta que al final fue liberado de su prisión muriendo de inmediato.

Teodora también obligó a Belisario, bastante contra la voluntad de éste, a dejar de lado la disputa con su esposa Antonina. Sometió a Focio a una tortura servil tras otra, desgarrándole la espalda y los hombros, flagelándolo sin piedad, insistiendo en que revelara el paradero de Teodosio y el alcahuete. Pero Focio, pese al tormento que soportaba, estaba decidido a cumplir con lo pactado, pese a que era de constitución débil y había vivido una juventud disoluta, y siempre había atendido con el mayor cuidado sus comodidades físicas, en tanto que un tratamiento severo y las penurias le eran desconocidas. De todos modos, Focio no reveló ninguno de los secretos de Belisario; más tarde, sin embargo, todos los hechos que hasta entonces habían permanecido ocultos fueron revelados. La Emperatriz también encontró a Calígono, entregándoselo a Antonina.

Luego convocó a Teodosio a Bizancio y cuando éste llegó, lo ocultó en palacio momentáneamente: al día siguiente mandó buscar a Antonina y le dijo: "Queridísima patricia, ayer cayó en mis manos una perla, la más hermosa que haya sido vista jamás. Si lo deseas, no te escatimaré su vista, sino que te la mostraré". Antonina, que no alcanzó a comprender el significado de todo esto, pidió y rogó a la Emperatriz que le mostrara la perla. Con lo cual Teodosio fue puesto en escena y exhibido ante ella, después de haber salido del cuarto de uno de los eunucos. Antonina se sintió embargada por la alegría que al principio no pudo pronunciar palabra; luego admitió que Teodora había derramado favores sobre ella, y la saludó como a su indudable Protectora, Benefactora y Señora. La Emperatriz detuvo a Teodosio en Palacio, rodeándolo de lujo y placeres de todo tipo, y jurando que lo convertiría en general del ejército romano en un futuro cercano. Pero un cierto tipo de justicia se le adelantó: Teodosio tuvo un ataque de disentería y ése fue su fin.

Teodora tenía cámaras secretas totalmente ocultas a la vista, completamente oscuras y aisladas, donde noche y día eran indistinguibles. Allí prendió a Focio y lo mantuvo cautivo durante mucho tiempo. Pero éste tuvo la suerte extraordinaria de escapar dos veces de esta prisión y zafarse de ella. La primera se dio refugio en la Iglesia de la Madre de Dios, que los bizantinos consideran más sagrada –el nombre que le fue realmente dado– y se sentó frente a la mesa sagrada como suplicante. Mediante el empleo de la fuerza, Teodora lo arrancó de allí, enviándolo nuevamente a su prisión. La segunda fue a la Iglesia de Sofía², y antes de que pudieran detenerlo, se sentó ante la pila bautismal, a la cual los cristianos reverencian más que nada. Pero aun de allí, la mujer pudo arrastrarlo: no había un solo lugar inviolable que permaneciera lejos de su alcance; y ante sus ojos, el sacrilegio cometido contra las cosas sagradas de cualquier índole no significaba nada. Y al

² No se refiere a la catedral de Santa Sofía sino a un templo dedicado a la sabiduría.

igual que la gente común, los sacerdotes le tenían tal terror que le despejaban el camino, permitiéndole que hiciera lo que quisiera. Fue así como Focio permaneció allí no menos de tres años; pero luego el profeta Zacarías se le apareció en un sueño, y, según se dice, le ordenó huir, prometiéndole solemnemente auxiliarlo en su intento. Convencido por esta visión, salió de su cárcel y se dirigió a Jerusalén sin que lo prendieran; porque aunque había miles de personas acechándolo, nadie lo reconoció, ni siquiera tras encontrarse con él cara a cara. En Jerusalén adoptó la tonsura, ataviándose con los hábitos de "monje", logrando así escapar a la venganza de Teodora.

Belisario, por su parte, había hecho caso omiso de sus juramentos, y había decidido no prestar ayuda alguna a su hijastro, pese a que se lo estaba tratando de la abominable manera que he descrito. De manera que no debe sorprender que en todas sus empresas subsecuentes descubriera que la mano de Dios estaba contra él. Porque ni bien hubo sido enviado contra Cosroes y sus persas, que habían invadido por tercera vez el territorio romano, se abandonó a una crisis de cobardía. Indudablemente, apareció haciéndose acreedor a un notable éxito, en el sentido de que había erradicado la guerra en esa región; pero cuando Cosroes cruzó el río Eufrates, se apoderó de la poderosa ciudad de Calínico sin encontrar resistencia alguna, haciendo prisioneros a docenas de miles de romanos, Belisario ni siquiera se molestó en perseguir al enemigo, dejando que la gente pensara que una de estas cosas debía ser cierta: había vacilado ya por descuido voluntario de su tarea, ya por mera cobardía.

No pasó mucho tiempo sin que Belisario sufriera otro golpe. La epidemia acerca de la cual hablé en un volumen anterior se estaba cobrando un elevado número de víctimas en el pueblo de Bizancio. Entre los afectados se contaba el Emperador Justiniano, que enfermó gravemente; hasta llegó a decirse que había muerto. Los rumores que circularon permitieron que esta historia se difundiese y llegase hasta el campamento romano. Allí, algunos de los oficiales declararon que si los romanos elevaban al rango de emperador de Bizancio a alguien más, jamás se someterían a éste. Pero sucedió lo inesperado, y antes de que el Emperador se recobrara; por lo tanto, los oficiales del ejército se hicieron acusaciones mutuas. Pedro el General y Juan, apodado "El Bebedor", insistieron en que habían escuchado a Belisario y a Buzes hablando de la manera que acabo de mencionar. Estas críticas, alegó la Emperatriz Teodora, habían sido dirigidas por sus autores contra ella, motivo por el cual no podía contener su indignación. De inmediato los hizo volver a Bizancio y realizó una indagación acerca del informe. Luego, sin previo aviso, convocó a Buzes a sus habitaciones privadas como para consultarlo sobre alguna cuestión de importancia capital.

Existía debajo del palacio un sistema de sótanos seguro y laberíntico, de reminiscencias infernales. Allí mantenía encerrado habitualmente a cualquiera que hubiese incurrido en su desagrado. En ese agujero fue arrojado Buzes; y allí, pese a ser descendiente de cónsules, permaneció olvidado para siempre del paso del tiempo. Porque sentado en la oscuridad, no podía darse cuenta si era de día o de noche, y jamás se le permitió hablar con nadie. El hombre que le arrojaba su ración diaria de comida trataba con él como las bestias tratan a las bestias, sin decirse palabra alguna. Todo el mundo dio por sentado que había muerto de inmediato, pero mencionar su nombre o decir palabra alguna que se refiriese a él era mucho más de lo que nadie osaba hacer. Dos años y cuatro meses después Teodora se compadeció de su prisionero y lo liberó. Todos lo miraron asombrados como si hubiera retornado de entre los muertos. Durante el resto de sus días, el infortunado sufrió de la vista, y su salud general fue muy débil.

Tal fue el tratamiento dispensado a Buzes. Belisario, si bien ninguno de los cargos que se le imputaron se demostró fehacientemente, fue privado por el Emperador –instigado a su vez por la Emperatriz- del cargo que gozaba, y reemplazado por Martín como general en Oriente. Los lanceros y soldados de caballería de Belisario, juntamente con aquellos de sus asistentes personales que eran combatientes entrenados, debían ser repartidos, de acuerdo con las instrucciones del Emperador, entre algunos de los funcionarios y eunucos de palacio. Estos echaron suertes entre ellos y se los repartieron, con armas y todo, entre ellos, resultando cada uno muy afortunado. A muchos de sus amigos y otros antiguos asistentes se les prohibió tener relación alguna con Belisario. Ofreciendo un cuadro lastimoso y un espectáculo lamentable, Belisario se paseó por Bizancio como un ciudadano más, casi solo, siempre taciturno y melancólico, temiendo continuamente que la muerte les llegara por una mano asesina. Sabiendo que había acumulado una gran fortuna en Oriente, la Emperatriz envió a uno de sus eunucos de palacio para que se la trajera toda.

Antonina, como ya he dicho, había reñido con su esposo, pero era amiga inseparable de la Emperatriz porque había tramado la ruina de Juan el Capadocio. De manera que la Emperatriz, decidida a gratificar a Antonina, hizo todo lo que estaba en su poder para que pareciera que había sido sólo gracias a la intercesión de su esposa que Belisario había sido salvado de su calamitosa situación, y arregló las cosas de manera que no sólo Antonina pudiera reconciliarse plenamente con su infortunado esposo, sino que también quedara como su indubitable salvadora, como si hubiera rescatado a un prisionero de guerra. Sucedió de la siguiente manera. Una mañana temprano, Belisario llegó a palacio, escoltado como de costumbre por unos lamentables ejemplos humanos. Halló a sus Majestades muy poco amistosas, y por añadidura fue groseramente insultado allí por algunos truhanes. Ya era avanzada la noche cuando volvió a su casa, volviéndose una y otra vez por el camino para mirar en todas direcciones, para tratar de descubrir a sus supuestos asesinos. En medio de su terror, subió a su dormitorio, sentándose en la cama. No había en su mente el menor pensamiento honorable; no tenía conciencia de que había sido un hombre alguna vez. El sudor le corría por el rostro sin cesar; su cabeza giraba, todo su cuerpo temblaba en la agonía de la desesperación, atormentado por temores abyectos e inquietudes pusilánimes indignas por completo de un hombre.

Antonina, como si ignorara lo que sucedía, y no tuviera el menor indicio de lo que estaba por suceder, caminaba ininterrumpidamente por la habitación para aliviar un supuesto ataque de cardialgia; porque todavía se miraban mutuamente con recelo. Entretanto, un hombre llamado Cuadrado había llegado de palacio cuando ya era de noche, pasando por la entrada externa, y aparecido sin previo aviso ante la puerta del androceo, anunciando que la Emperatriz lo había enviado allí. Cuando Belisario hubo oído esto, se acostó en el lecho, permaneciendo inmóvil, convencido de que su hora había llegado, hasta tal punto que lo había abandonado toda chispa de hombría. Sin esperar a encontrarse cerca de él, Cuadrado sostuvo una carta de la Emperatriz para que él la viera. Decía lo siguiente:

“Sabes demasiado bien, mi buen señor, cuál ha sido tu conducta para con nosotros. Pero yo personalmente debo mucho a tu esposa, de manera que en su obsequio he resuelto descartar todos los cargos imputados a ti, entregándole a ella tu vida como regalo. De manera que a partir de ahora no tienes que temer ni por tu vida ni por tu dinero. Tu conducta futura nos mostrará cómo veneras a tu mujer”.

Cuando Belisario hubo leído la carta, se puso fuera de sí de alegría, y ansió al mismo tiempo demostrar de inmediato lo que sentía. De manera que se puso de pie de golpe, se arrojó a los pies de su esposa tocando el suelo con el rostro, mientras

abrazaba sus rodillas. Luego, le llovieron a ésta besos en los tobillos, al tiempo que Belisario declaraba que le debía la vida, y juraba ser, en consecuencia, más que su esposo, su más fiel esclavo. De su dinero, la Emperatriz entregó una parte al Emperador, devolviendo el resto a Belisario.

Tal fue la ruina de Belisario el general, a quien la fortuna había presentado poco antes a Gelimer y Vittigis como prisioneros de guerra. Pero durante mucho tiempo, tanto Justiniano como Teodora habían sentido amarga envidia de la fortuna de este hombre: era demasiado grande, y más adecuada a la corte de un emperador. Estos sostenían que Belisario había guardado para sí el grueso del dinero del tesoro público de Gelimer y Vittigis, entregando una fracción minúscula e insignificante de éste al Emperador. Pero las penurias que Belisario había soportado, y el aborrecimiento que les traerían no podían ser desestimados; tampoco podían idear ninguna excusa convincente para tomar medidas contra él. De manera que decidieron esperar el momento oportuno. Pero ahora que la Emperatriz lo había encontrado en un estado de terror abyecto y completamente acobardado, bastaba un solo golpe para convertirla en dueña absoluta de toda su fortuna. Prestamente se estableció una conexión matrimonial entre ellos por la unión de Juanita, la única hija de Belisario, con Anastasio, nieto de la Emperatriz. Belisario solicitó que se lo reintegrara a su posición y se lo designara Comandante en Jefe de Oriente, de manera que pudiera dirigir nuevamente el ejército romano contra Cosroes y los persas. Pero Antonina no quiso ni oír hablar de ello: en ese lugar del mundo, insistió, ella había sido insultada por él groseramente, y no quería volver allí.

Y así Belisario fue designado Jefe de la Guardia Imperial y, por segunda vez, partió a Italia, no sin haber prometido al Emperador –según se dice– que jamás le solicitará dinero durante su campaña, sino que, por el contrario, pagaría él mismo, de su propio peculio, todo cuanto fuera necesario. Todo el mundo conjeturó que Belisario resolvió así el problema de su esposa, dando al Emperador la palabra ya mencionada con respecto a su futura campaña, simplemente con el objeto de alejarse de Bizancio; y que ni bien se hallara fuera de los muros de la ciudad, haría instantáneamente uso de las armas, sumergiéndose en alguna empresa heroica y galante, que lo hiciera reivindicarse ante su esposa y aquellos que lo habían humillado. Belisario, sin embargo, hizo caso omiso de los acontecimientos que habían tenido lugar: totalmente olvidado e indiferente a los juramentos que hubiera hecho a Focio, y a sus amigos más íntimos, fue adonde se lo ordenara su esposa, porque estaba irremediablemente enamorado de ella, pese a ser ésta una mujer de sesenta años.

Pero desde que hubo llegado a Italia, las cosas no le fueron bien ni un solo día, porque la mano de Dios estaba indudablemente contra él. Al principio, es cierto, los planes que maquinara en esas circunstancias para habérselas con Teodato y Vittiges, aunque fueran inadecuados en apariencia, produjeron los resultados deseados; pero en estadios posteriores, pese a la reputación que ya había adquirido por haber planificado su campaña sobre sólidas bases como resultado de la experiencia obtenida al resolver los problemas planteados por esta guerra, su escaso éxito fue atribuido, en su mayor parte, a errores de criterio. Tan cierto es esto, que no son nuestros propios planes los que controlan nuestras vidas; sino el poder divino, aquello a lo que con demasiada frecuencia aludimos como la suerte, simplemente porque no sabemos qué hace que los acontecimientos sigan el curso que efectivamente siguen. Cuando no parecen existir razones para algo, éstas le son atribuidas casi inevitablemente a la suerte. Pero este es un asunto acerca del cual es lógico que las opiniones difieran.

Fue así como, después de haber llegado a Italia por segunda vez, Belisario volvió totalmente desacreditado. Porque, pese a sus esfuerzos de cinco años, jamás logró desembarcar en parte alguna de la costa, a menos que hubiera una fortaleza próxima: durante todo ese tiempo, navegó sin rumbo fijo, intentando desembarcar en un lugar tras otro. Totila quería capturarlo fuera de una muralla protectora; pero no logró establecer contacto, ya que el mismo tiempo, se dedicó de lleno a la prosecución [...] se encontraban presa del pánico, con el resultado de que no sólo no logró recuperar un solo metro de terreno perdido, sino que en realidad perdió también Roma, y casi todo lo demás. Al mismo tiempo, se dedicó de lleno a la prosecución de la riqueza, y a la adquisición sin límites de ganancias ilícitas, bajo el pretexto de que no había recibido ni un centavo del Emperador. En realidad, despojó indiscriminadamente a casi todos los italianos que vivían en Rávena o en Sicilia y a todo aquel que podía, fingiendo que les estaba haciendo pagar una multa por sus delitos. Así, hasta llegó a buscar a Herodes, exigiéndole dinero y empleando todos los medios posibles para aterrorizarlo. Esto enfureció a Herodes, que de inmediato volvió la espalda al ejército romano, poniendo las unidades que estaban bajo su mando y la ciudad de Espoleto en manos de Totila y los godos.

Cómo llegó Belisario a enemistarse con Juan, el sobrino de Vitaliano, causando de este modo un daño incalculable a la causa romana, es la próxima cuestión que debo relatar.

La Emperatriz había concebido una enemistad tan salvaje contra Germánico –enemistad que no intentaba ocultar- que aunque éste era sobrino del Emperador, nadie se atrevía a unirse en matrimonio con miembro alguno de su familia, y sus hijos permanecieron solteros hasta que sus mejores años hubieron pasado. Su hija Justina, pese a ser una mujer madura de dieciocho años, no tenía prometido. En consecuencia, cuando Juan fue despachado por Belisario para cumplir una misión en Bizancio, Germánico fue obligado a negociar con él respecto de un casamiento con ella, pese al hecho de que el rango de Juan era inferior al suyo propio. Como la sugerencia interesaba a ambos, accedieron a unirse por medio de los más terribles juramentos, prometiendo que harían todo cuanto estuviera en su poder para que la unión propuesta pudiera efectuarse; porque cada uno de ellos desconfiaba profundamente del otro, el uno sabiendo que estaba llegando mucho más allá de lo que le correspondía por su alcurnia, el otro sin esperanza alguna de obtener otro yerno.

Esto era más de lo que la Emperatriz podía soportar. Dejando todos los escrúpulos de lado, empleó con ambos todas las armas posibles y sin vacilar un instante, en su determinación por desbaratar los planes de éstos. Cuando todos sus esfuerzos por intimidarlos no produjeron efecto alguno, anunció que destruiría a Juan. En consecuencia, cuando Juan fue despachado a Italia, éste no se atrevió a ir a lugar alguno cercano a Belisario por temor a las maquinaciones de Antonina, hasta que dicha dama hubo retornado a Bizancio. Porque existían numerosas razones para sospechar que la Emperatriz le había encomendado la tarea de planear el asesinato de Juan; y como éste reflexionara acerca del carácter de Antonina, y recordara que Belisario siempre dejaba que su esposa hiciera su voluntad, comenzó a experimentar un temor incontrolable. ¿Debe asombrar el hecho de que la autoridad romana, ya en las últimas, se desmoronara completamente?

He aquí, por consiguiente, cómo se desarrolló para Belisario la Guerra Gótica. Habiendo perdido toda esperanza de triunfo, solicitó al Emperador permiso para abandonar Italia de inmediato. Al saber que Justiniano accedía a su solicitud, partió enseguida de vuelta a su hogar, dejando que el ejército romano y los italianos se la arreglaran como pudieran. Dejó la mayor parte del país en manos enemigas,

mientras la bloqueada ciudad de Perusa se encontraba en una situación tan desesperada, que antes de que él hubiera completado su viaje, ésta fue tomada por asalto, sufriendo todos los horrores imaginables, tal como lo consigné *in extenso* hace ya tiempo. Al mismo tiempo, y tal como lo veremos luego, un rudo golpe cayó sobre su casa.

La Emperatriz Teodora, impaciente por asegurar la boda de la hija de Belisario con su propio nieto, escribió carta tras carta a los padres de la muchacha, afligiéndolos de manera terrible. Estos, en su angustia por impedir la unión, procuraron postergarla hasta haber retornado a Bizancio, y luego, convocados allí por la Emperatriz, rogando que no se los hiciera abandonar Italia precisamente en ese momento. Pero Teodora se había empeñado en que su nieto se convirtiera en amo de la fortuna de Belisario, sabiendo que ésta iría a parar a manos de la joven, ya que Belisario no tenía otros hijos. No confió, sin embargo, en las intenciones de Antonina, temiendo que cuando ella misma hubiera abandonado esta vida, Antonina no manifestaría lealtad alguna hacia la casa imperial, pese a que Teodora la había tratado con tanta generosidad cuando ésta se encontraba en grandes dificultades. Y así, desafiando toda moralidad, obligó a la niña impúber a convivir con el joven en una unión ilegítima. Se dice que mediante secretas presiones la obligó contra la voluntad de ésta; a tener relaciones con su nieto, y luego, cuando la niña hubo perdido su virginidad, hizo arreglos para que se realizara la boda, por temor a que el Emperador pusiera coto a su enredo. No obstante, una vez que el hecho hubo sido consumado, un amor abrasador se posesionó de Anastasio y su mujer-niña, y pasaron ocho meses juntos viviendo la más dichosa de las uniones.

Pero cuando la muerte hubo eliminado a la Emperatriz, Antonina volvió a Bizancio, y olvidando intencionalmente los favores que Teodora le deparara, no concedió importancia alguna al hecho de que si casaba a la niña con otra persona, ésta sería considerada como una ex-prostituta. No le agradaba el nieto de Teodora como yerno, y aunque la niña se resistiera desesperadamente a ello, la obligó a separarse del hombre que adoraba. Por medio de este acto obtuvo una reputación universal de absoluta falta de corazón; y, sin embargo, cuando su esposo hubo llegado, no tuvo dificultad alguna en persuadirlo de que compartiera la responsabilidad por este acto abominable.

Fue éste, entonces, el momento en que el carácter de Belisario quedó desnudo ante los ojos de todos. Es cierto que cuando en una ocasión anterior había hecho un juramento a Focio y a algunos de sus amigos más cercanos, rompiéndolo luego desvergonzadamente, todos los habían perdonado. Porque todos sospechaban que la causa de su deslealtad no era la total subordinación a su esposa, sino su temor a la Emperatriz. Pero cuando, como ya he dicho, la muerte se llevó a la Emperatriz, no prestó atención alguna a Focio ni a ningún otro de sus íntimos, sino que permitió que se notara claramente que su esposa era dueña y señora, y Calígono, el rufián de ésta, su amo. Recién entonces fue repudiado por todos, se convirtió en el blanco de interminables murmuraciones, y fue dejado de lado con desprecio como necio sin remedio.

[...]

Capítulo III Justino, Justiniano y Teodora

¿Qué clase de seres eran Justiniano y Teodora? ¿Y cómo fue que destruyeron la grandeza de Roma? Éstas son las preguntas que debo contestar a continuación:

Cuando León ocupó el trono imperial de Bizancio, tres jóvenes campesinos de origen ilirio, Zimarco, Ditiviso y Justino, que venía de Vederiana, habían estado sosteniendo una guerra sin cuartel contra todo lo que significara pobreza. De

manera que decidieron escaparse, viendo como única solución el alistarse en el ejército. Cubrieron a pe la distancia hasta Bizancio, llevando sobre sus espaldas palios en lo que a su llegada no había nada excepto bizcochos secos que habían puesto antes de dejar sus hogares. Sus nombres fueron incluidos en las listas del ejército, y el Emperador los seleccionó para que sirvieran en la Guardia de Palacio, ya que se trataba de hombres, de un físico excepcional.

Algún tiempo después, cuando Atanasio hubo accedido al poder imperial, entró en guerra con los isauros, que se habían levantado en armas. Envió un ejército de considerable tamaño contra ellos, cuyo comandante era Juan el Jorobado. Este Juan había enviado a Justino a la prisión a causa de un delito mayor que éste cometiera, con la intención de matarlo al día siguiente. Efectivamente, hubiera hecho esto, si no lo hubiera impedido a tiempo una visión que se le apareciera en un sueño. El general dijo que en un sueño se había visto enfrentado por un ser de un tamaño colosal, demasiado imponente en todo sentido como para que se lo considerara un hombre. Este ser le ordenó dejar en libertad al hombre a quien él mismo hubiera enviado a la prisión ese día: al despertarse, desechó la visión. Pero la noche siguiente, soñó que volvía a escuchar las mismas palabras, aunque no experimentó ningún deseo de cumplir la orden. Luego, la visión apareció por tercera vez, amenazándolo con la ruina total a menos que hiciera lo que se le decía, y añadiendo que algún día llegaría a necesitar a este hombre y a su familia.

Este suceso permitió a Justino sobrevivir a este peligro inmediato; y a medida que pasó el tiempo, fue adquiriendo gran poder. El Emperador Anastasio le dio el mando de los Guardias de Palacio; y cuando él mismo desapareció de la escena, Justino, en la plenitud de su mando, le sucedió en el trono, pese a que entonces no era más que un anciano tembloroso, totalmente analfabeto –en términos populares, no conocía el ABC-, cosa poco frecuente en un romano. Era costumbre invariable que el Emperador colocara su firma en todos los documentos que contuvieran decretos librados por él. Justino, sin embargo, era incapaz no sólo de librar sus propios decretos, sino de tomarse un interés inteligente en las medidas propuestas: el oficial cuya suerte consistía en ser su principal consejero – un hombre llamado Proclo, que tenía el cargo de “cuestor”- acostumbraba decidir todas las medidas que él mismo juzgaba convenientes. Pero para asegurarse la autoridad que debía respaldar a éstas en la propia escritura del Emperador, los hombres responsables de esta cuestión procedieron de la siguiente manera. En un pequeño listón de madera lustrada, grabaron las cuatro letras correspondientes a la palabra latina que significa LO HE LEIDO. Solían entonces mojar una pluma en la tinta especial destinada a los emperadores y colocarla en las manos del Emperador Justino. A continuación trazaban el trozo de madera anteriormente descrita y lo colocaban en el documento, tomaban la mano del Emperador, mientras éste sostenía la pluma, la guiaban por el contorno de las cuatro letras, llevándola por todos los recodos del grabado. Luego se llevaban la escritura del Emperador.

Este era el Emperador que los romanos tenían en Justino. Estaba casado con una mujer llamada Lupicina, una esclava extranjera que había sido previamente comprada por otro hombre, convirtiéndola en su concubina. Pero al declinar su vida se convirtió, en unión con Justino, en gobernante del imperio romano. Justino era incapaz de hacer daño alguno a sus súbditos, así como tampoco bien alguno. Era extremadamente rústico, inarticulado y por completo tosco. Su sobrino Justiniano, aunque todavía era bastante joven, solía ocuparse de todos los asuntos de estado, y trajo a los romanos desastres que sin duda sobrepasan tanto en gravedad como en número a todo lo que jamás se ha oído en cualquier período de la historia. Porque sin una sola vacilación solía embarcarse en el imperdonable asesinato de sus conciudadanos y el saqueo de la propiedad ajena; y no le importaba cuántos

miles de personas perdieran sus vidas, aunque jamás se hubiesen enemistado con él. El mantenimiento de las instituciones establecidas no le significaba nada: su preocupación constante la constituían innovaciones innumerables. En una palabra, era un destructor sin parangón de instituciones valiosas.

Según mencioné en un volumen anterior, la peste invadió el mundo entero; sin embargo, el número de gente que logró escaparle fue similar al de aquellas que tuvieron la desgracia de sucumbir ya sea porque lograron escapar a la infección, o porque pudieron sobreponerse a este hombre: como cualquier otro castigo del cielo que cayera sobre la raza humana, no dejó a nadie completamente ileso. Asesinó a algunos sin ninguna justificación; a otros los sometió a terribles penurias, haciéndolos más desdichados aún que a los que habían muerto. En realidad, éstos le rogaron que pusiera fin a sus sufrimientos, por cualquier muerte, por dolorosa que ésta fuera. Privó a otros tanto de sus pertenencias como de sus vidas. Pero lograr sólo la ruina del Imperio Romano no le proporcionó satisfacción alguna: insistió en convertirse en amo de Libia e Italia con el solo propósito de destruir a sus habitantes juntamente con los que ya eran sus súbditos. No había estado diez días en el ejercicio del poder, cuando ya había ejecutado a Amantio, director de los eunucos de Palacio, con muchos otros, sin que mediara razón alguna, acusándolo sólo de haber pronunciado un comentario imprudente acerca de Juan, el arcipreste de la ciudad. Este atropello lo hizo más temible que a cualquier otro hombre viviente. Su próximo paso consistió en mandar buscar al pretendiente Vitaliano, cuya seguridad ya había sido garantizada tomando parte con él en los sacramentos cristianos. Pero algo más tarde, Justiniano se ofendió sobre la base de sospechas infundadas, y lo condenó a muerte en palacio junto con sus amigos más íntimos sin la menor justificación, sin realizar intento alguno para honrar sus votos, los más solemnes que quepa imaginar.

El pueblo había sido dividido, desde hacía muchos años, en dos facciones. Justiniano adhirió a una de ellas, los Azules, a los cuales ya había brindado apoyo entusiasta, ingeniándose así para lograr el caos universal. De este modo, el Imperio Romano estuvo pronto a sus pies. Sin embargo, no todos los Azules estaban preparados para seguir la dirección de Justiniano, sino sólo sus adeptos militantes. Pero hasta éstos, a medida que las cosas iban de mal en peor, se mostraban como los hombres más disciplinados; porque la licencia que se les concedía iba mucho más allá de la mala conducta que éstos tenían en realidad. Resulta innecesario decir que los Verdes tampoco se quedaron tranquilos: ellos también se lanzaron a una carrera ininterrumpida de crímenes en la medida en que esto les era permitido, aunque en todo momento uno u otro de ellos siempre estaba cumpliendo un castigo. Como resultado, se los provocaba constantemente para que cometieran crímenes cada vez más audaces; porque cuando la gente es tratada injustamente; tiende cada vez más a adoptar recursos desesperados. De manera que ahora que estaba estimulando las llamas e incitando abiertamente a los Azules, el Imperio Romano se sacudió hasta sus cimientos, como si un terremoto o cataclismo lo hubiese golpeado, o como si cada ciudad de él hubiese caído en manos del enemigo. Porque en todos lados reinaba el caos total, y nada volvió a ser lo mismo: en la confusión que siguió, las leyes y la estructura disciplinada del estado se vieron desquiciadas.

Para empezar, sus adeptos cambiaron de peinado, cortándose el cabello de un modo muy diferente al que acostumbraban usar los romanos. No se rasuraron el bigote ni la barba, pero se le dejaron crecer lo más largo posible, como los persas. Pero el cabello de la región frontal de la cabeza se lo cortaron hasta las sienes, dejando que el de la parte de atrás les creciera cuanto fuera posible, como Musageta. Es por eso que a veces llamaban a esta moda "el estilo huno". En lo que

se refiere al vestido, consideraron necesario vestirse lujosamente, llegando a lucir atavíos demasiado ostentosos para su condición. Porque se encontraban en una posición en que podían obtener vestimentas semejantes a expensas de otra gente. La parte de la túnica que les cubría los brazos iba muy ajustada en la muñeca, en tanto que desde allí hasta los hombros se desplegaba hasta alcanzar un enorme ancho. Toda vez que agitaban los brazos al gritar en el teatro o en el hipódromo, alentando a sus favoritos de la manera habitual, estas partes de sus vestidos ondeaban al aire, dando a la gente tonta la impresión de que sus cuerpos eran tan espléndidamente robustos que tenían que ser cubiertos con vestimentas de esta naturaleza: no se percataban de que la transparencia y futilidad de su atavío servía más bien para descubrir sus físicos miserables. Sus capas y calzones, y en la mayor parte de los casos sus zapatos eran considerados hunos en cuanto a su nombre y estilo.

Al principio, la gran mayoría llevaba armas por la noche bastante abiertamente, mientras que durante el día ocultaban sus espadas cortas de dos filos a lo largo de los muslos, bajo las capas. Solían reunirse en bandas por las noches, y robar a miembros de las clases superiores en el foro o en senderos angostos, despojando a todo aquel que encontraran, de sus capas, cinturones, broches de oro y cualquier otra cosa que llevaran consigo. Respecto de algunos, juzgaban mejor no sólo robarles sino también matarlos, ya que los muertos no hablan. Estos atropellos causaron gran indignación universal, especialmente en aquellos Azules que no eran adeptos militantes, ya que resultaban tan víctimas como el resto. A partir de entonces, y en consecuencia, la mayor parte de la gente llevó cinturones y broches de bronce, y capas de una calidad muy inferior a la que su alcurnia requería, por temor a que su gusto por lo bello pudiera costarles la vida; y trataban de llegar a sus casas antes de la caída del sol. Como este espantoso estado de cosas se prolongara, y las autoridades de la ciudad no tomaron medida alguna contra los ofensores, la audacia de estos hombres aumentó de manera increíble. Porque cuando no se hace nada para desalentar la maldad, no existe, por supuesto, límite para contener su avance; hasta cuando el castigo sigue a los agravios, no siempre logra ponerles fin por completo: resulta natural para la mayor parte de la gente volverse con facilidad al vicio.

Así es como marchaban las cosas con los Azules. De sus opositores, muchos vinieron a unirse a esta facción, con el deseo de unírseles en sus actividades criminales sin sufrir castigo alguno; otros huyeron, pasando a otros países; muchos, prendidos en la ciudad, fueron quitados del medio por sus opositores, o ejecutados por las autoridades. Muchos otros jóvenes se volcaron a esta organización: jamás habían demostrado interés alguno por tales cosas, pero la ambición de poder y la licencia sin restricciones los atrajo a ella. Porque no existe un solo crimen repugnante que no haya sido cometido en la época y dejado sin castigo. Estos comenzaron por destruir a los partidarios de la fracción opositora, luego prosiguieron con el asesinato de aquellos que no les habían dado ningún motivo para ello. Muchos fueron sobornados, luego indicaron a sus propios enemigos; de éstos, los partidarios se libraban de inmediato, rotulándolos como Verdes, pese a que no sabían absolutamente nada acerca de ellos. Todo esto ya no se desarrollaba en la oscuridad o fuera de la vista, sino en cualquier momento del día y en todos los puntos de la ciudad, y con frecuencia los ciudadanos más eminentes se convertían en testigos oculares de lo que estaba ocurriendo. No era necesario mantener ocultos los crímenes, ya que los criminales no están atemorizados por ningún castigo; en realidad, los movía un verdadero espíritu de rivalidad, de manera que organizaron exhibiciones de fuerza y resistencia, a fin de demostrar que podían matar, de un solo golpe, a cualquiera que fuera desarmado,

y nadie podía ahora aspirar a vivir una larga vida en medio de los peligros que lo amenazaban a diario. El temor constante hacía sospechar a todos que la muerte estaba a la vuelta de cada esquina: ningún lugar parecía salvo, ninguna hora del día podía garantizar seguridad, ya que hasta en las iglesias más veneradas y en los festivales públicos se asesinaba incesantemente a la gente, y la confianza en parientes y amigos era cosa del pasado, ya que muchos murieron merced a las maquinaciones de sus parientes más cercanos.

No se efectuaba ninguna investigación acerca de los crímenes cometidos: el golpe caía invariablemente sin aviso, y el caído no tenía quien lo vengara. Ninguna ley no convento tenía fuerza alguna sobre las bases seguras del orden establecido, sino que todo tendía cada vez más hacia la violencia y la confusión, y el gobierno ya no se distinguía de una tiranía; ni siquiera una tiranía estable, sino una que cambiaba a diario y comenzaba permanentemente de nuevo. Las decisiones de los magistrados sugerían la parálisis del terror a un solo hombre; los jurados, al dirimir cuestiones sobre las que existía una disputa, basaban sus veredictos no en sus nociones de lo que era justo o respetuoso de la ley, sino en las relaciones, hostiles o amistosas, que cada uno de los litigantes tuviera con los Azules. Porque cada jurado que no tuviera en cuenta estos requerimientos, podía ser castigado con la muerte.

Muchos acreedores sufrían irresistibles presiones para que devolvieran a sus deudores los acuerdos escritos sin reclamarles ni un centavo de la deuda y mucha gente debía liberar a sus esclavos domésticos; y se dice que muchas mujeres fueron obligadas por sus propios esclavos a ceder a insinuaciones que les resultaban repugnantes. Y los hijos de hombres de elevada posición, tras asociarse a estos jóvenes criminales, obligaban a sus padres a hacer número de cosas a las que éstos se mostraban renuentes, especialmente a darles dinero. Muchos jóvenes maldispuestos eran forzados, con tal conocimiento de sus padres, a mantener relaciones inmorales con los adeptos; y mujeres que eran felices en sus matrimonios debían sufrir la misma humillación. Se dice que una mujer elegantemente vestida, estaba navegando con su esposo hacia uno de los suburbios situados en la margen opuesta del canal; y durante este cruce, los adeptos los interceptaron, arrebataron a la dama de brazos de su esposo, y la llevaron a su propio bote. Antes de subir a bordo con los jóvenes, susurró a su marido palabras de aliento y le dijo que no temiera por ella: jamás se sometería al ultraje físico. Entonces, mientras éste todavía la veía a través de las lágrimas, saltó por la borda, y desde ese momento no se la volvió a ver.

De tales actos de violencia eran culpables en ese período los Azules de Bizancio. Pero estas cosas causaban menos desdichas a las víctimas que los males que sufría la comunidad a manos de Justiniano, porque aquellos a los que los malvados han herido más cruelmente, se ven aliviados de la mayor parte de las desgracias que resultan de una sociedad perturbada por la constante esperanza de que las leyes y el gobierno castigarán a los culpables. Porque cuando la gente tiene confianza en el futuro, encuentra sus preocupaciones más tolerables y fáciles de soportar; pero cuando está sujeta a la violencia por las autoridades del Estado, se sienten naturalmente más desdichadas por las desgracias que han sufrido, y caen en la desesperación más absoluta al comprender que no tienen esperanza alguna de obtener justicia. Justiniano traicionó a sus súbditos no sólo porque rehusó absolutamente defender a las víctimas del mal, sino porque estaba perfectamente dispuesto a instituirse en adalid de sus adeptos; porque gastaba grandes sumas de dinero en estos jóvenes y mantenía a muchos de estos en su corte, promoviendo a muchos a magistraturas y otras posiciones sociales.

Tal era el estado de cosas en Bizancio y en todos lados. Porque como cualquier otra enfermedad, la infección que comenzó en la capital se diseminó rápidamente por todo el Imperio Romano. El Emperador no prestó atención alguna a lo que estaba sucediendo, ya que era un hombre incapaz de percepción, pese a que invariablemente presenciaba todo cuanto sucedía en los hipódromos. Porque era extremadamente simple, sin más inteligencia que un asno, listo para seguir a cualquiera que le llevara las riendas, mientras agitaba sus orejas todo el tiempo.

Mientras Justiniano procedía de esta manera, todo marchaba desastrosamente. No había acabado de apoderarse del poder de su tío, cuando ya había comenzado a despilfarrar el dinero público de la manera más imprudente y con la mayor satisfacción, ahora que lo tenía en sus manos. De tiempo en tiempo entraba en contacto con hunos, y les regaba con dinero, por "servicios al Estado". El resultado inevitable era que el territorio romano estaba expuesto a constantes incursiones. Porque después de gustar la riqueza de los romanos, estos bárbaros ya no pudieron mantenerse alejados del camino a la capital. Una vez más, no vaciló en dilapidar vastas sumas en construir edificios a lo largo de la costa, con la esperanza de detener el oleaje. Adelantó la cosa apilando rocas, en su determinación por detener el avance de las aguas, y en sus esfuerzos por rivalizar la fuerza del mar con el poder de la riqueza.

Reunió en sus propias manos la propiedad privada de todos los romanos de todas las tierras, ya acusándolos de algún crimen que nunca habían cometido, ya engañándolos para que creyeran que le estaban haciendo un regalo por su propia voluntad. Muchos que habían sido penados por asesinatos y otros crímenes capitales le dieron todas sus propiedades, escapando de este modo al cumplimiento de los castigos. Otros, que tal vez estaban reclamando sin justificación alguna tierras que pertenecían a sus vecinos, encontraron imposible ganar un juicio a sus contrincantes porque no tenían argumentos legales; de modo que le daban al Emperador la propiedad en litigio como regalo, y se libraban de toda la cuestión: ellos mismos, por una generosidad que no les costaba nada, se aseguraban un presente al Emperador, y empleando los métodos más ilegítimos, obtenían ventaja de sus contrincantes.

En esta parte del relato, creo que sería conveniente describir el aspecto físico de Justiniano. No era ni alto ni excesivamente bajo, sino de estatura normal; en absoluto delgado, sino más bien rollizo, que un rostro redondo que resultaba bastante atractivo: mantenía un color saludable aún después de un ayuno de dos días. Para describir su aspecto general en pocas palabras, tenía un acusado parecido con Domiciano, el hijo de Vespasiano, cuya monstruosa conducta dejó tales huellas que todavía no habían agotado toda su indignación contra él: el Senado emitió un decreto por el cual ni siquiera el nombre de este emperador debía permanecer en inscripciones, así como tampoco debería conservarse ningún retrato ni estatua de él. Su nombre fue obliterado de las inscripciones en las que aparecía, y de todos los lugares en los que se encontraba, mientras que, como todavía pueden verse, el resto permanecía intacto; y en ningún sitio del Imperio Romano hay una semblanza de él excepto una solitaria estatua de bronce que sobrevivió de la siguiente manera.

La esposa de Domiciano era una mujer de buena cuna, y altamente respetada, que jamás había hecho mal alguno a ningún ser viviente, o aprobado una sola de las acciones de su marido. De manera que era tenida en gran estima, y el Senado le invitó a que solicitara cualquier cosa que deseara. Hizo un solo pedido, poder llevarse el cuerpo de Domiciano y enterrarlo, y erigirle una estatua de bronce en un sitio de su elección. El Senado accedió a esto; y la viuda, deseando dejar a las generaciones futuras un monumento a la inhumanidad de aquellos que habían

descuartizado a su marido, planeó lo siguiente. Habiendo recogido la carne de Domiciano, juntó los trozos cuidadosamente, reconstruyendo su cuerpo; luego lo cosió y se lo mostró a los escultores, pidiéndoles que hicieran una estatua que ilustrara el trágico fin del muerto. Los artistas se complacieron sin pérdida de tiempo: y la viuda la colocó en la calle que conduce al Capitolio, de la mano derecha [...] Parece probable que la contextura general de Justiniano, su verdadera expresión y todos los detalles característicos de su rostro se vean claramente retratados en esta estatua.

Tal era entonces su aspecto externo; su carácter se encuentra más allá de mis poderes descriptivos. Porque tenía a la vez una fuerte inclinación por la maldad y tendencia a dejarse extraviar, un bribón y un tonto, para emplear un lugar común: jamás decía la verdad a los que estaban con él, sino que por el contrario, en todo lo que decía o hacía había siempre una intención deshonesta; sin embargo era fácil presa de cualquiera que quisiera engañarlo. Por naturaleza, era una mezcla extraordinaria de insensatez y maldad inseparablemente soldadas. Esto era quizá un ejemplo de lo que uno de los filósofos peripatéticos sugirió hace muchos años: que cualidades exactamente opuestas pueden en ocasiones combinarse en la naturaleza de un hombre del mismo modo que se matizan los colores. Sin embargo, debo limitar mi descripción a los hechos de los que he podido asegurarme.

Bien, entonces, pues, este emperador era hipócrita, taimado, dado a fingir por naturaleza, tenía dos caras; un hombre inteligente con una maravillosa habilidad para ocultar su verdadera opinión, y capaz de derramar lágrimas, ni de alegría ni de dolor, sino empleándolas artificialmente cuando las necesidades inmediatas lo requerían, mintiendo permanentemente; no procedía de modo descuidado, sin embargo, sino confirmando sus promesas tanto con su firma como con sus juramentos más temibles, aun cuando trataba con sus propios súbditos, pero prestamente hacía caso omiso de acuerdos y solemnes juramentos, como el más despreciable de los esclavos, que por temor a las torturas que penden sobre su cabeza son capaces de confesar delitos que han negado bajo juramento. Un amigo traidor y un enemigo inexorable, estaba totalmente consagrado al crimen y al robo; pendenciero y subversivo al extremo; fácilmente arrastrado por la mala senda pero rehusando toda sugestión de seguir por la buena; rápido para idear designios viles y llevarlos a cabo; y con una aversión instintiva a la mención de algo noble y digno.

¿Cómo pueden hallarse palabras para describir el carácter de Justiniano? Poseía todos los vicios y muchos peores aún hasta un grado inhumano; parecía que la naturaleza hubiera extirpado toda tendencia al mal del resto de la humanidad, depositándola en el alma de este hombre. Aparte de todo esto, estaba demasiado dispuesto a escuchar falsas acusaciones, y era rápido para infligir castigos. Porque nunca indagaba los hechos antes de juzgar, sino que al escuchar las acusaciones anunciaba de inmediato su veredicto. Sin dudarle un instante daba órdenes para la toma de ciudades, el incendio de poblados, y el avasallamiento de naciones enteras, sin razón alguna. De manera que si alguien decidía sumar todas las calamidades que habían recaído sobre los romanos desde sus orígenes y las comparaba con aquellas de las cuales era responsable Justiniano, estoy seguro de que encontraría que este hombre produjo una matanza mayor de seres humanos que las que tuvieran lugar en todos los siglos precedentes. Respecto del dinero ajeno, se apoderaba de él mediante el robo sin dudarle ni un instante; porque ni siquiera juzgaba necesario dar excusa alguna o fingir una justificación antes de tomar posesión de objetos sobre los que no tenía derecho alguno. Sin embargo, una vez que se había apoderado del dinero, estaba listo para demostrar su desprecio por él haciendo gala de una imprudente prodigalidad, o para arrojárselo a

enemigos potenciales sin tener la más mínima necesidad de hacerlo. En suma, no se guardaba él ningún dinero, y no permitía que nadie en el mundo lo hiciera, como si no hubiera sido acometido por la avaricia, sino que tuviera envidia de aquellos que habían obtenido dinero. Así, desterró alegremente la riqueza del suelo romano, convirtiéndose en el creador de la pobreza nacional.

[...]

Procopio. *Historia secreta*. Selección de Virginia Erhart; trad. de la versión inglesa Nora Dottori. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970, pp. 6-29.